

JAVIER GAZTAMBIDE Y ZÍA

LITERATURA

DRAMÁTICA Y MUSICAL

1.º FRAGMENTOS (premiados por la Real Academia Española).

2.º LA SONÁMBULA (versión castellana adaptada fielmente á la música de Bellini).

3.º CARTAS al maestro compositor D. Tomás Bretón.

UNA PESETA

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1899



JAVIER GAZTAMBIDE Y ZÍA

LITERATURA

DRAMÁTICA Y MUSICAL

1.º FRAGMENTOS (premiados por la Real Academia Española).

2.º LA SONÁMBULA (versión castellana adaptada fielmente á la música de Bellini).

3.º CARTAS al maestro compositor D. Tomás Bretón.

UNA PESETA

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1899

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T BORRÁS

N.º de la procedencia

5052

B. L. M. al Sr. D. Gabriel Rodríguez

L. L. L.

Javier Gastambide

DOS FRAGMENTOS DE UN DRAMA INÉDITO

FRAGMENTO PRIMERO

VILLAMEDIANA, leyendo.

« ¡Amor... amor! ¡Encanto de la vida!
» Igual á ti no existe otro consuelo.
» ¡Si tornas con tu luz la tierra en cielo,
» Arda tu luz constante y bendecida!
» Bendecida por Dios, de Dios nacida,
» Ella es del hombre el incesante anhelo:
» Luzca en su sueño, luzca en su desvelo,
» Muéstrase siempre de fulgor henchida.
» ¡Isabela... mi bien! ¡dueño adorado!
» ¡Abra tu corazón sus francas puertas!
» ¡More en su seno el mío y, extasiado,
» Absorto al contemplar belleza tanta,
» Disfrute del amor venturas ciertas
» Adorando á ese dios que nos encanta! »
(Dobla el papel y se lo guarda.)

QUEVEDO.

¡Envidia causa el oiros!

POETA I.^o ¡Afortunada Isabel
la que ostenta ese papel!

VILLAM.^a De mi voz amantes giros
muy en breve escuchará.
Hasta ella, en alas del viento,

amorosísimo acento
 mi barcarola enviará.
 Del río el suave murmullo
 acompaña mi canción,
 ¡dilatando el corazón
 con su dulcísimo arrullo!

FRAGMENTO SEGUNDO

ISABEL, la REINA.

ISABEL. ¡Qué angustia! Vuestra inquietud
 llena de temor el alma.

REINA. Tranquilízate, Isabel:
 llena de temor estaba
 también la mía, y me siento
 cada vez más sosegada.
 Conjuré la tempestad;
 veo el iris de bonanza
 que extiende su hermosa luz
 anunciándonos la calma.
 Parece que el triste pecho
 consolado se dilata,
 y que en él van penetrando
 la alegría y la esperanza.

ISABEL. ¡Oh... qué bien me estáis haciendo (Llorando.)
 con vuestras dulces palabras!
 Reprimir quisiera el llanto,
 pero se escapan mis lágrimas,
 que anhelando libertad
 con tal ímpetu se lanzan,
 porque ven el paso fácil,
 á buscar salida franca,

que á mis ojos agolpándose
me ciegan para encontrarla.
¿Cómo contenerlas, cómo?
¿Qué mucho que desbordadas
se muestren reconocidas
á quien ha sido la causa
de su libertad, y os den
con entusiasmo las gracias?

REINA.

¡Derrámalas, Isabela,
derrámalas, sí, derrámalas,
y mezcladas con las mías
sirvan de consuelo al alma!

¡Ven á mis brazos! (Isabel se arroja en ellos y so-
lloza apoyada en la Reina.)

¡En ellos
no podré desde mañana
estrecharte! ¡Todo, todo
lo más caro me arrebatan!
¡Oh... qué falta vas á hacerme,
tierna amiga de la infancia!

LA SONÁMBULA

MELODRAMA EN TRES ACTOS

original de

FELICE ROMANI

Escrito en español á imitación del italiano para adaptarse fielmente á la música de Bellini.

POR

JAVIER GAZTAMBIDE Y ZÍA

PERSONAJES

EL CONDE RODOLFO, *señor ó dueño de la aldea.*

TERESA, *molinera.*

AMINA, *huérfana prohijada por Teresa y prometida de*

ELVINO, *rico propietario de la aldea.*

LISA, *hostelera, primera amante de Elvino.*

ALEJO, *pretendiente de Lisa.*

UN NOTARIO.

ALDEANOS Y ALDEANAS.

La acción en una aldea de la Suiza.

ACTO PRIMERO

Plaza de la aldea. A un lado una hostería; al otro un molino; en el fondo varias colinas practicables. Al levantarse el telón se oyen á lo lejos sonidos pastoriles y voces que gritan: «¡Viva Amina!» Son aldeanos de ambos sexos que vienen á festejar á aquélla por sus esponsales.

ESCENA I

LISA, que sale de la hostería; después ALEJO, que viene por las colinas.

LISA. ¡Todo es dicha, todo es fiesta!
 Sólo en mí el dolor se anida.
 Mas mi pena, aquí escondida, (Por el co-
 razón.)
 me es forzoso hoy contener.

¡Por Amina has olvidado,
dulce dueño, amores míos!
Y aunque sufro tus desvíos,
debo alegre aparecer.

ALEJO.

¡Lisa, Lisa!

LISA.

¡Oh! Viene Alejo. (Disgustada
y con ademán de marcharse.)

ALEJO.

¡No me dejes! (Suplicante.)

LISA.

Sí, te dejo.

ALEJO.

¡Ah! No siempre, cara prenda,
huirás así de mí.

Cuando tu alma me comprenda
me darás el dulce sí.

ESCENA II

Dichos y aldeanos de ambos sexos que bajan á la llanura vestidos
de fiesta y con instrumentos rústicos y canastillos de flores.

CORO.

¡Viva Amina!

ALEJO.

¡Viva!

LISA.

(¡Es esto:
un sarcasmo!)

ALEJO.

¡Viva, sí!
Bien formados. ¡Vamos presto!

LISA.

(¡Qué martirio sufro aquí!)

CORO.

¡La canción ya preparada
entonamos, sí ó no?

LISA.

(¡Cuál me siento despechada!
Mi rival al fin triunfó.)

CORO.

En Helvecia no habrá rosa
fresca y cara al par que Amina.
¡Es estrella matutina,

es la esencia del amor!
 Tan sencilla y aromosa
 cual la más gentil violeta,
 se la admira y la respeta
 como emblema del candor.

LISA. (¡Qué canción tan peregrina!
 ¡Si hoy me fuera destinada!
 ¡Oh, pesar! Es para Amina,
 que á mi amante me robó.)

ALEJO. Para ti otros bellos cantos (Aparte á Lisa.)
 destinados oír puedes.
 Si á mi ruego, Lisa, accedes,
 nadie más feliz que yo.

CORO. ¡Cuán feliz serás, Elvino!
 ¡Más feliz que un soberano,
 pues que, digno de tal mano,
 hoy la logras alcanzar!
 ¡Un tesoro tan divino
 de virtudes y bellezas,
 en el mundo no hay riquezas
 que pudiéranlo comprar!

ESCENA III

Dichos, AMINA y TERESA.

AMINA. ¡Caras amigas! ¡Dulces,
 gratos amigos, que en aqueste día
 vuestro afecto sincero, tierno, alegre
 todos mostráis contentos,
benditos os aclama el alma mía!

CORO. ¡Vive dichosa! Es éste
 en todos el deseo.

AMINA, ¡A ti, mi madre, (A Teresa con gran cariño.)
oh, dulce madre, que me reservabas
días de tanta ventura, á ti te envío
del corazón llanto en que te recreas,
pues te dice, feliz, *bendita seas!* (Abrazando
á Teresá.)

¡Pura como hoy la aurora,
nunca jamás surgió!
¿Cuándo su luz brilló
cual brilla ahora?
¿Cuándo ostentó Natura
encantos mil y mil
como hoy lució gentil,
hermosa y pura?

CORO. ¡Siempre, dichosa Amina,
quiera por ti brillar;
goces eternizar
que hoy te destina!

—
(Amina abraza á Teresa, y cogiéndole la mano
derecha la coloca sobre su propio pecho.)

AMINA. ¿Le oyes tú latir violento,
palpitar, saltar gozoso?
¡Corazón, el más dichoso,
cuál te exaltas de placer!

CORO Y TER. Ese tu infantil contento
nos inunda de alegría:
el recuerdo de este día
vivo se ha de mantener.

—
ALEJO. ¡Yo más que nadie, Amina,
siéntome alegre! Preparé festejos,
compuse mil canciones, he buscado
los músicos que ves por las aldeas.

- AMINA. Ingrata no me creas. (A Alejo.)
 ¡Cómo serlo contigo! Pronto espero
 devolverte el obsequio; así que seas
 con tu Lisa feliz, si, como dicen,
 para ti el corazón tiene dispuesto.
- ALEJO. ¿Lo has escuchado? (A Lisa.)
- LISA. No será tan presto.
- ALEJO. ¡Premia mi anhelo! (Suplicante.)
- TERESA. ¿Y cómo así? (A Lisa.)
- LISA. Ya sabes:
 ¡cosas de amor son graves!
 La libertad me agrada.
- AMINA. ¡Oh, cuánta dicha,
 cuánta felicidad amor produce,
 si es ingenuo el amor!
- LISA. Con gran frecuencia
 vemos todos sucede lo contrario.
- TERESA. (¡Qué hipócrita eres tú!) (Por Lisa.)
- CORO. Llega el Notario.

ESCENA IV

Dichos, el NOTARIO.

- AMINA. ¡El Notario!—¿Y mi Elvino?
 ¿No está presente aún?
- NOTARIO. Vendrá muy pronto;
 yo le precedo; estar tranquila puedes.
 ¿Tal vez te impacientaste?
- CORO. ¡Hélo aquí!
- AMINA. ¡Caro Elvino! ¡Al fin llegaste!

ESCENA V

Los mismos y ELVINO.

- ELVINO. Perdona, ¡oh dulce Amina!
tardé un momento.—En día tan solemne
justo era que implorase hacia nosotros
de un ángel el favor.—Ante el sepulcro
que hoy contiene á mi madre, «¡Oh, ben-
[decidla!
es mi esposa»—la dije.—«Angel her-
[moso,
es de virtud modelo! Ella dichoso
haga á tu hijo como hiciste al padre».—
¡Ah! ¡Lo espero, mi bien! ¡me oyó la
¡Oh, dulce augurio! [madre!
- AMINA.
CORO. ¡Ah, siempre,
siempre lo sea!
- ELVINO. Todos ahora, amigos,
escuchad el contrato. (A extenderlo se dispo-
ne el Notario.)
- NOTARIO. Elvín: ¿qué llevas
para tu esposa en dote?
- ELVINO. Entrego todo:
mis haciendas, mi nombre,
cuantos bienes le plugo darme al cielo.
¿Y Amina?
- NOTARIO.
AMINA. Amor tan sólo. (Cariñosa y humilde.)
ELVINO. ¡Es lo que anhelo!
(Apasionado.)
(Mientras firman Teresa y los testigos, Elvino pre-
senta á su novia el anillo nupcial.)
¡Mira! de amor emblema,

- ofrenda de mi padre,
 el que ostentó mi madre
 ha de ostentar tu amor.
 Sacro te sea tal lema,
 como á la madre mía;
 y siendo nuestro guía,
 sea emblema del pudor.
- CORO. ¡Oh, qué dichoso día!
 ¡Viva por siempre amor!
- ELVINO. ¡Ya eres mi esposa!
- AMINA. ¡Esposa!
 ¡Nombre de encantos lleno!
- ELVINO. ¡Prende á tu casto seno (Dándole un ramito
 de violetas.)
 flor que candor rebosa!
- AMINA. ¡Puro y fragante ramo! (Contemplándolo.)
- ELVINO. El te recuerde á mí.
- AMINA. ¡Llevo grabado al que amo! (Poniéndose
 una mano en el pecho.)
- ELVINO. ¡Llévame siempre así!
- LOS DOS. ¡Siempre, } querido esposo,
 } querida esposa,
 mi dicha y mi consuelo,
 siempre le plugo al cielo
 mi amor consagre á ti!
-
- AMINA. ¡Ah, no acierta el labio mío (Con júbilo.)
 á expresar lo que yo siento!
 No, no puede el pensamiento
 mi palabra secundar.
- ELVINO. ¡Todo, todo ve tu amante! (Con fuego.)
 ¡Miro en ti de amor la llama,
 y en el fuego que te inflama
 vida siempre yo he de hallar!

¡Esculpida en ese rostro
veo el alma que me entregas!
¡No respiras, no sosiegas,
sólo piensas en amar!

CORO. ¡Siempre puro y satisfecho
viva amor en vuestro pecho!
Logren vuestros corazones
sólo un corazón formar.

LISA. (¡Por despecho, en ocasiones,
me quisiera yo vengar!)

ELVINO. Mañana, al ser de día,
juntos y en breve al templo, ¡oh, cara
[esposa!
Bendiga el cielo nuestra unión dichosa.
(Oyese ruido de látigos y de caballos.)
—¿Ese ruido?...

CORO. ¿Quién viene?

AMINA. Un forastero.

ESCENA VI

Dichos, RODOLFO y dos postillones.

RODOLFO. ¡Qué fastidioso y largo
el camino encontré! Tal vez distante
del castillo aún estoy.

LISA. No poco; y sólo
la noche entrada, pero muy entrada,
lograréis alcanzarlo. Aquí debíais
descansar más tranquilo.

RODOLFO. Así lo creo.

¿Me darás buen albergue?

LISA. Eso deseo.

RODOLFO. ¿Este? (Por la hostería.)

CORO. Este. (Idem.)

RODOLFO. No he olvidado...

LISA. ¿Qué, señor?

TODOS. (¿Quién será este hombre?)

RODOLFO. El molino... el bosque... el prado...

¿Qué recuerdos, por mi nombre!

—
¡Vuelvo á verte, oh valle ameno!

¡Cuán alegre y cuán sereno,

cuán tranquilo en ti viví!

¡Me enamora tal quietud!

¡Puro ambiente aspiro aquí,

mas se fué mi juventud!

TODOS. (Puede ser que venga aquí
por cuidar de su salud.)

—
RODOLFO. Creo yo que entre vosotros
se celebra alguna fiesta.

CORO. Una boda entre nosotros.

RODOLFO. ¿Y la novia? ¿Es ésta? (Por Lisa.)

CORO. Es ésta. (Por Amina.)

RODOLFO. ¡Qué gentil! ¡Qué fresca rosa! (Contemplan-
do á Amina.)

¡Un encanto ¡Ah, cuán hermosa!

—
Causa en mí tu lozanía
gozo y pena en este día;
me recuerda á las beldades
que de joven adoré;
me recuerda otras edades
á que ya no volveré.

LISA. (¡Ella sola es obsequiada!)

ELVINO. (¡Bien se ve lisonjeada!)

ALDEANAS. (Si nos dice más verdades,
con placer le escucharé.)

ALDEANOS. (¡Oh, qué atento!—Muy contento,
si prosigue, le oiré.)

—

ELVINO. Señor, sin duda alguna,
¿también sois de esta aldea?

RODOLFO. Estuve... siendo joven:
vi al señor del castillo...

TERESA. ¡Aún le lloro!
Murió cuatro años hace.

RODOLFO. ¡Ah... lo deploro!
Quísele como á un padre...

TERESA. Él un hijo tenía, y del castillo
cierto día se fué. Sin más noticias,
triste quedó su padre.

RODOLFO. Á sus parientes
nueva yo traigo cierta. Él vive.

LISA. (Con sumo interés.) ¿Y cuándo
á su casa retorna? ¡Oh, qué alegría!

CORO. ¡Lo anhelan todos!

RODOLFO. Le veréis un día.

(Óyense instrumentos de los pastores que vuelven el
ganado al aprisco.)

TERESA. Ya el sol se pone: es fuerza
prepararse á partir.

TODOS. ¿Partir?

TERESA. (Hace que todos se le acerquen.) ¿La hora
no es ésta en que aparece, en que se
el terrible fantasma? [muestra

CORO. ¡Es cierto, es cierto!

RODOLFO. ¿Qué fantasma?

TODOS. ¡Encubierto,

misterioso, qué horror!

RODOLFO. (Burlándose.)

¡Ja, ja!

TER. Y COR. (Quejosos.)

¿Reidnos?

¡Si supierais, señor!

RODOLFO.

Contadme.

CORO.

Oidnos:

En ciertas noches, sin luz ninguna,
sin un destello de opaca luna,
logró el fantasma que se le viera;
—¡qué horrible y fiera—aparición!—
¡Con blanco traje, mirada ardiente!
¡Su paso es lento, es imponente!
¡Oh, qué desgracia! ¡qué desconsuelo!
¡Llévese el cielo—á tal visión!

RODOLFO. Es que la finge, se la figura
vuestra inocente fascinación.

AM. TER. Y (¡Ah, no! no es cuento; no es, no, pavora;
ELV.....) lo han visto todos; no es ilusión.

CORO. Andando siempre, tal miedo infunde,
que nada encuentra que le secunde:
el aire cesa por bosque y prado;
¡el río, helado!—¡helado está!
Ni los guardianes de los pastores
dan muestra alguna de ladradores:
tranquilos siguen en su guarida;
todo sin vida—aquí está ya.

RODOLFO. Veréis si os pruebo, temprano ó tarde,
que el tal fantasma no es de verdad.

TODOS. ¿Á él acercaros? ¡Que Dios os guarde!
¡Locura fuera! ¡Temblad! ¡temblad!

RODOLFO. Ya os escuché. Cada uno
se atenga á su opinión, la mía es ésta:
que más ese fantasma

por la aldea no vuelve.

TERESA. ¡Oís oiga el cielo

¡Ese en la aldea es el mayor anhelo!

RODOLFO. Ya de mi largo viaje
reposar debo aquí, si es que lo quiere
(Á Lisa.)

la hermosura que albergue me ha ofrecido.

TODOS. Buenas noches, señor. Sed bien venido.

RODOLFO. ¡Adiós, gentil criatura! (Á Amina, con pasión.)
Goza tranquilo sueño. ¡Ah! ¡que tu esposo
digno sea de ti!

ELVINO. ¡Va á ser mi esposa!

No os puedo oír en calma. (Impaciente, á
Rodolfo.)

RODOLFO. ¡Dichoso tú si te ha entregado el alma!
(Á Elvino.)

ESCENA VII

AMINA, ELVINO.

AMINA. ¡Elvino!... ¿Así me dejas? (Reconvención ca-
riñosa.)

¿Sin decirme un adiós?

ELVINO. El caballero...

¡bien dulce te lo ha dicho! (Irónico.)

AMINA. ¡Oh, sí! ¡Muy dulce
al marcharse me habló! ¡Fué muy galante
¡Qué corazón tan bello!

ELVINO. ¡El de un amante!
(Picado.)

AMINA. ¿Hablas en serio, ó juegas?
¿Qué duda surge en ti?

ELVINO. ¡Temor tirano!
Él te estrechó la mano;

fué libertad sobrada.

AMINA.

¿Y bien?...

ELVINO.

Sus frases

risueña oíste, en tanto que él, rendido,
tu mirada buscó, fijo en tus ojos.

AMINA.

¡Ingrato! ¡Es darme enojos!

(Reconviniéndole.)

¿Todo el amor de mi alma
no es para ti? ¿No te juré ser tuya?
¿Tu anillo no está en mí?

ELVINO.

Sí;

AMINA.

¿No te adoro?

¿No eres todo mi amor?

ELVINO.

Sí... mas...

AMINA.

Prosigue.

¿Acaso estás celoso?

ELVINO.

¡Ah!... ¡Se adivina!

AMINA

¿De qué?

ELVINO.

¡De todo!

AMINA.

¡Injusto Elvín!

ELVINO.

¡Amina! (Suplicante.)

¡Tengo celos del céfiro errante
que acaricia y te envía consuelos;
y del sol que te ve tengo celos!
y del río que espejo te da!

AMINA.

¡Soy, mi Elvino, del céfiro amante,
porque sabe el afán que me inspiras;
amo al sol, pues cual sol tú me miras!
y en el río... tu imagen está!

ELVINO.

¡Ah, perdona al amor tal ofensa!

AMINA.

¡En tu Amina tendrás ciega fe! (Persuasiva.)

ELVINO.

¡Sí, la tengo!

AMINA.

¿Es inmensa?

ELVINO:

¡Es inmensa!

—Héla aquí.—¡Hermosa! ¡hermosa!
Penetra sin cuidado.

LISA. ¡Ah! ¡Tengo miedo!
Tal vez el cuarto no es de vuestro gusto,
pues digno no es de un Conde.

RODOLFO. (Con extrañeza.) ¡No es de un Conde!
(¡Diablo! ¡Me han conocido!)

LISA. ¡Perdonadme!
Ya el síndico lo ha dicho.—En breve el
viene á felicitaros. [pueblo

Suerte tengo yo en daros
en mi casa hospedaje, y la primera
ser también, mi señor, en ofrecerme.

RODOLFO. ¡Y además, bella Lisa, en atraerme!
!Porque eres bella, amable!
¡Oh, muy amable!

LISA. ¡Ah, que os estáis burlando!

RODOLFO. No, no me burlo. Esos tus lindos ojos
son dos armas que rinden á cualquiera.

LISA. No han hallado hasta ahora á quien los

RODOLFO. No es cierto, ¡ah, picarilla! [quiera.
Yo sé de uno...

LISA. ¿Quién es? (Acercándose á Rodolfo.)

RODOLFO. Tal vez yo mismo.

¿Qué dirías, hermosa?

LISA. ¡Oh!... ¿Qué diría,
señor?... No os creería.

Ni soy una beldad que eso merezca,
ni hay más que yo os ofrezca
que un corazón sincero.

RODOLFO. ¡Gran tesoro!

(Se oye ruido de la ventana.)

¿Qué? ¿Abren la ventana?

LISA (¡Maldito el importuno!...)

RODOLFO. ¿Quién puede ser?
 LISA. ¡Ah! ¡no me vea alguno!
 (Huye al gabinete, y en la prisa se le cae el pañue-
 lo. Rodolfo lo recoge y lo echa al sofá.)

ESCENA II

RODOLFO, AMINA.

Esta se presenta toda de blanco, á medio vestir; en la ventana se ve el extremo de la escalera por donde ha subido. Durmiendo, como está, se adelanta lentamente.

RODOLFO. ¿Qué miro? Tal vez sea
 el nocturno fantasma.—¡Oh! ¡no me en-
 Es ésta la aldeana [gaño!
 que admiré aquí al llegar, gentil, galana!
 ¡Elvino! ¡Elvino!

AMINA.

RODOLFO.

Duerme.

AMINA.

¡No responde!

RODOLFO.

Es sonámbula.

AMINA.

Celoso

(Ríe como burlándose.)

estás aún del caballero? ¡Ah, díme,
 ¿celoso estás aún?

RODOLEO.

¿Qué hacer, Dios mío?
 (Perplejo.)

AMINA.

¡Ingrato! ¡Cruel querella!
 ¡Amo á ti solo! ¡A ti!

RODOLFO.

¿Qué he de hacer?

AMINA.

¡Mira,

mi mano es ésta; un beso imprime en
 ¡Lo ruega el alma! [ella

RODOLFO.

¡Ah, si despierta! Alguno
 á estorbarme no venga en tal momento.
 (Va á cerrar la ventana.)

- LISA. ¡Amina!.. ¡Oh qué traidora! (Asomando por el gabinere.—Vase.)
- RODOLFO. (Va hacia Amina y se detiene arrepentido.)
¡Oh, Dios! ¿Qué intento?
- AMINA. Alegre contemplándonos, (Sueña con la ceremonia nupcial.)
el pueblo es hoy dichoso.
- RODOLFO. En sueños se halla extática hablando con su esposo.
- AMINA. ¡No hay más feliz ejemplo!
- RODOLFO. Júzgase ya en el templo.
- AMINA. ¡Madre, por Dios, conmigo! (Suplicante.)
¡Conmigo, por favor!
- RODOLFO. ¡Ah! no seré contigo nunca jamás traidor.
- AMINA. Ante el altar te juro (Alzando la mano derecha.)
eterna fe y amor.
- RODOLFO. ¡Lirio inocente y puro,
conserva tu candor!
- AMINA. ¡Mi dicha en ti la fío!
- RODOLFO. ¡Mísero!..
- AMINA. ¡Elvino mío!...
¡Abrazame! ¡Oh, contento que no podré expresar!
- RODOLFO. Si aquí prosigo, siento mi juicio vacilar.
(Va á salir por la puerta, pero oye ruido de gente y se va por la ventana, cerrándola. Amina, siempre durmiendo, se recuesta en el sofá.)

ESCENA III

ALDEANOS Y ALDEANAS, SÍNDICOS, ALEJO.

CORO (Muy misterioso.)

- HOMBRES. Observemos. (Dentro.)
 MUJERES. Todo abierto.
 TODOS. Quedo y rápido hay que entrar. (Fuera.)
 Nada se oye. El duerme; cierto.
 ¿Le sabrá bien despertar?
 Con valor hay que intentarlo;
 ó quedarnos, ó salir.
 Pues queremos obsequiarlo,
 bien hicimos en venir. (Se acercan.)
 Avanzad.—¡Ved, ved! miradle;
 se ha quedado aquí dormido.
 Avancemos.—¡Ah!... ¡Dejadle! (Viendo
 que no es Rodolío.)
 ¡No es el Conde! ¡No hagáis ruido!
 —Ese traje... Esa figura...
 ¡Es mujer! ¡Mujer, sí, sí!
 ¡Peregrina es la aventura! (Riendo.)
 ¿Quién será? ¿Y á qué entra aquí?

ESCENA IV

Dichos, ELVINO, TERESA, LISA.

- ELVINO. ¡Es mentira! (Dentro.)
 CORO. ¿Que hay querella?
 LISA. Vé también lo que ven otros. (A Elvino
 señalando á Amina.)
 ELVINO. ¡Cielo! ¡Amina!
 CORO Y TER. ¡Amina! ¡Es ella!
 AMINA (Que ha despertado al ruido.)
 ¿Dónde estoy?—¡Ah! ¿Sois vosotros?

ELVINO. ¡Oh, bien mío! (A Elvino.)
 AMINA. ¡No, perjura!
 ELVINO. ¡Yo!
 AMINA. ¡Te aparta!
 ELVINO. ¡Oh, desventura!
 AMINA. ¿Aún celoso?
 ELVINO. ¡Horror me inspiras!
 CORO. ¿Donde estás no ves, no miras? (A Amina.)
 AMINA. ¿Qué? ¿Yo aquí? ¿Quién me ha traído?
 ELVINO. ¡La falsía y la traición!
 AMINA. ¡Madre! ¡Oh, madre! (Corre á los brazos de Teresa. Esta se cubre el rostro con las manos.)
 CORO. ¡Ah, se ha perdido!
 AMINA. ¡Cuánto sufre el corazón!

Casto y puro el pensamiento (A Elvino.)
 siempre fiel te he consagrado.
 ¡Ah! Tu duda es un tormento.
 ¡Mal respondes á mi amor! (Reconvención.)
 ELVINO. Si la pena que ahora siento
 Dios también te ha reservado,
 desdichada, ¡oh, tan violento
 como el mío es tu dolor!
 TERESA. Se ha turbado hoy el contento.
 ¡En pesar está cambiado!
 ¡Pobre Amina! En tal momento
 excesivo es tal rigor.
 CORO, LISA y ALEJO. (Se ha turbado hoy el contento.
 ¡En pesar está cambiado! (Teresa ha cogido
 del sofá el pañuelo de Lisa y lo ha puesto al
 cuello de Amina.)
 No concibe el pensamiento
 que el de Amina sea traidor.

ELVINO. ¡Desgraciada!

CORO ALEJO. ¡Delincuente!

ELVINO. Te abandono al nuevo amante.

CORO. ¡Ya no hay boda!

AMINA. ¡Oh, fiero instante!

Me has de oír. ¡Soy inocente! (A Elvino.)

ELVINO. ¡Me asesina tu presencia!

¡Me horroriza tu beldad!

AMINA. ¡Dios, que sabe mi inocencia,
muestre á todos la verdad!

—

AMIN. ELVI. ¡Implacable es tu alma impía. (Uno á otro.)

¡Fué cruel tu recompensa!

¡Otro premio merecía

de mi amor la llama inmensa!

¡En mi pecho sólo siento

cómo cunde el desaliento!

¡Qué recuerdo tan penoso

de tu amor me quedará!

Ya no flay boda, ya no hay fiesta.

CORO, LISA } ¡Vé de aquí, mujer funesta!

y ALEJO } Nuestro enojo, nuestra inquina,

{ por doquier te seguirá.

TERESA. En mis brazos un consuelo

te reserva aún el cielo.

Tu inocencia, pobre Amina,

él á todos mostrará.

(Amina cae en brazos de Teresa; todos lós demás se van amena-
zantes.)

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO

Valle frondoso entre la aldea y el castillo.

ESCENA I

Coro de ALDEANOS y ALDEANAS.

Todos.

Grata sombra la selva nos brinda:
 dan consuelo el arroyo y la fuente:
 no temáis que el cansancio nos rinda
 tras descanso tan justo y prudente.
 Al castillo llegar bien podemos
 cuando el Conde en reposo aún esté.
 Meditad que al hablarle debemos
 en sus manos poner nuestra fe.
 Le diremos: «Señor, señor Conde,
 la desgracia persigue hoy á Amina,
 y es á vos á quien más corresponde
 aclarar lo que Dios la destina.
 La infelice, tranquila y durmiente,
 vuestro cuarto una noche ocupó:
 defendedla si se halla inocente;
 amparadla si acaso faltó».
 Al oirnos hablar de tal modo,
 mostrárase convicto y confeso,
 y es muy fácil logremos ya todo
 con razones que son de gran peso.
 Muy contentos al pueblo tornando,
 en dos brincos estamos acá.
 ¡Al castillo marchemos volando, (Con de-
 cisión.)
 que de Amina el honor se hallará!

ESCENA II

AMINA, TERESA.

AMINA. ¡Ay de mí! ¡Oh, dulce madre, único
en mi dolor cruel! [amparo

TERESA. ¡Amina!... El Conde
un consuelo ha de darte; no haya miedo.
¡Confía!

AMINA. ¡Ah, no! ¡No puedo!
Valor me falta y fe.—Mira cuán cerca
ya estamos de mi Elvino.—¡Oh, cuántas
[veces

mezclando el suyo al murmurar del río,
eterno amor juraba! ¡Aún en las auras
dulce su juramento... Ay, aún resuena!
¡Hoy, cruel, me abandona! ¡Oh, inmensa
TERESA. Es imposible ¡Acaso [pena!
llora el cuitado! Acaso en este instante
por ti sufriendo esté.—¡Mira!— ¡Cuán
(Señalando al sitio por donde á poco [triste!...
sale Elvino.)

AMINA. ¡A la vista ya salta!
¡Huyamos pronto! (Teresa la contiene al lado
opuesto de Elvino.)

— ¡Ay, valor me falta!

ESCENA III

Las mismas (apartadas) y ELVINO.

AMINA. ¡Sufre, oh, madre! ¡Ah, bien decías!
(Observando á Elvino.)
Sufre. ¡Acaso piensa en mí!

- ELVINO. ¡Tristes días! ¡tristes días! (Ensimismado.)
Ya el dolor sólo es lo cierto!
¡Corazón.... por siempre has muerto!
¡Ya no hay dicha para ti!
- AMINA. Oye, Elvino. (Acercándose á él tímidamente.)
- ELVINO. ¡Tú!... ¿Y te atreves?... (Rechazándola.)
- AMINA. ¡Ah, te calma!
- ELVINO. ¡Vé, perjura!
¡Labras tú mi desventura!
- AMINA. ¡No te he sido infiel jamás!
- ELVINO. ¡Goza, impía, contemplando (Amargamente.)
el exceso de mis males!
Soy, de todos los mortales,
el mortal que sufre más!
- CORO. ¡Viva el Conde! (Dentro.)
- ELVINO. ¡El Conde!... (Con ira.)
- AMINA. (Suplicante.) ¡Atiende!
- ELVINO. ¡No, traidora!

ESCENA IV

Dichos y el CORO GENERAL.

- CORO. ¡Viva el Conde!
¡Él á Amina es quien defiende!
¡Él de Amina es quien responde!
- ELVINO. ¡El!... ¡Qué infamia! (Furioso.)
- TODOS. ¡Oh, calma tu ira!
- ELVINO. ¡No!—¡Dejadme, por piedad! (Se dirige á
Amina y le quita el anillo.)
- AMINA. ¡Ah!... ¡mi anillo! ¡Oh, madre! (A Teresa,)
cayendo en sus brazos.)
- CORO. (A Elvino, reconviniéndole.) ¡Mira!
¡Es sobrada crueldad!

ELVINO. ¡Ah, por qué no puedo odiarte, (A Amina. desleal, cual yo quisiera!...

¡Eras tú mi vida entera! (Apasionado.)

¡Eras alma de mi ser!

¡Quiera el cielo depararte otro amor igual al mío!

que aunque lloro tu desvío,
nunca mal te he de querer!

CORO. Es del Conde hermosa el alma,
y á volvernós va la calma.

La alegría muy en breve,

él nos debe—aquí traer. (Elvino parte des-
esperado. Teresa se lleva consigo á Amina.)

La aldea. En el fondo el molino de Teresa; un torrente de agua
hacer girar la rueda.

ESCENA V

LISA, ALEJO.

LISA. ¡Déjame! Has comprendido,
hace ya tiempo, me eres enojoso.

ALEJO. No esperes que tu esposo
Elvino sea: Amina es inocente;
será probado pronto, y Lisa...

LISA. Y Lisa
en rechazarte se dará más prisa.

ALEJO. ¡Oh! ¡calla! ¡Por piedad! ¡sé más hu-
[mana!—

¡Qué equivocadas vas! Quieres á Elvino,
y él se casa contigo por despecho.

LISA. No te canses en vano; á lo hecho, pecho.

ALEJO. No, no serás su esposa. Antes revuelta
va á ser la aldea. Invocaré del Conde

la autoridad. No has de lograr burlarme;
no quiero, no, por ti, causar yo risa.

CORO. ¡Lisa es la esposa! (Dentro.)

LIS. Y ALE. ¿Qué?

CORO. La esposa es Lisa.

ESCENA IV

Dichos, ALDEANOS Y ALDEANAS.

CORO. Muy buenas nuevas hoy te traemos.
(A Lisa.)

¡Ah! ¡cuán alegres todos corremos!
Dueña de Elvino—quiere el destino
que hoy, bella Lisa, llegues á ser.

LISA. Tan dulce augurio me da consuelo,
pues premia Elvino mi amante anhelo.
Vuestra alegría me es hoy tan grata
que nunca ingrata—me habéis de ver.

CORO. Ya las tristezas vemos se alejan.
Todos lo aplauden, todos festejan
de este gran día grato el placer.

ALEJO. (¡No hay esperanza! ¡Solo me dejan!
¡Ay, pobre Alejo! ¿qué vas á hacer?)

ESCENA VII

Los mismos, ELVINO.

LISA. ¿Será verdad, Elvino,
que al fin voy á ser tuya? ¡Oh! ¡grata

ELVINO. Sí, Lisa, se renueva [nueva!
hoy mi amor hacia ti. Fuí fascinado;
lloraste mi abandono...
y te pido perdón.

LISA. Yo te perdono.

Ya que tu amor me vuelves,
 olvidé lo pasado y sólo veo
 porvenir seductor que se prepara.

ELVINO. Cierta. Sí, prenda cara,
 tú mi esposa has de ser. Vamos al
 sea amor diligente; [templo;
 no se retarde.

CORO. Andad.

ESCENA VIII

Dichos, RODOLFO.

RODOLFO. Elvín, detente.

LISA. (¡El Conde!) (Contrariada.)

ALEJO. (¡Oh! ¡qué esperanza!) (Alegre.)

RODOLFO. Nadie te apremia.

ELVINO. El templo.

RODOLFO. Oyeme, Elvino.

Pura fué siempre Amina,
 y siempre lo es; Dios para ti destina
 un sin igual tesoro:
 de ello doy fe; no dudes nunca.

ELVINO. ¿Nunca?

Señor Conde; ante mis ojos
 la verdad ya se ha mostrado.

RODOLFO. Fascinado en tus enojos,
 continúas engañado.

ELVINO. ¡No hemos visto á la cuitada
 allanar vuestra morada?

RODOLFO. Fué dormida y no despierta.
 ¡Es muy grave tal sopor!

TODOS. ¡Fué dormida? (Con asombro.)
 ¿Es cosa cierta?

- RODOLFO. Escuchadme.
- TODOS. Hablad, señor.
- RODOLFO. Hay algunos que durmiendo andad y hablan fácilmente; preguntando... respondiendo... —Y el dejarlos es prudente. — Esos tales son *sonámbulos* por su modo de dormir.
- TODOS. ¡Es posible?—Halláis incrédulos. (Con decisión.)
- RODOLFO. ¡En tal trance he de mentir? (Muy grave reconviniéndoles.)
- ELVINO. Mas... ¿por qué, por qué empeñaros en hacernos ver visiones?
- RODOLFO. Pronto espero demostraros el valor de mis razones.
- ELVINO. Vamos, Lisa. (Sin atender al Conde.)
- LISA. Andad.
- CORO. Andad.
- Las locuras ya dejad.
¡Que uno duerme y que camina! ..
Puede ser. Ver y creer.

ESCENA IX

Los mismos y TERESA.

- TERESA. ¡Ah, silencio! ¡Yo os lo ruego!
¡Duerme al fin la pobre Amina!
Mucho importa su sosiego
tras de tanto padecer.
- TODOS. ¡Gran silencio hay que tener!
- TERESA. Lisa, Elvino... (Reparando en ellos.)
¡Ya esto es mucho!

—¿Dónde vais con tanta prisa?

LISA. A casarnos.

TERESA. ¡Qué? ¡Qué escucho?
¿Y la novia... es Lisa?

ELVINO. Es Lisa.

LISA. Lo merezco. En mí no han visto
que jamás de noche existo,
sola, oculta y disfrazada,
en la estancia de un señor.

TERESA. ¡Ah! ¡Qué infame!—¡Oh! ¡cuán osada
provocaste mi furor!

¡Este lienzo hablar ya debe!
(Mostrando el pañuelo de Lisa.)

Encontrélo allí olvidado.

TODOS. ¿Y por quién fué allí dejado?

TERESA. ¡Que os lo diga si se atreve! (Señalando á
Lisa.)

TODOS. ¡Lisa! (Elvino se separa de ella.)

TERESA. Lisa.—El mismo Conde
sabe bien que así es verdad.

LISA. (¡Me escondiera no sé dónde!) (Abochor-
nada.)

TODOS. (¡Qué mentir!... ¡Maldad, maldad!)

ELVINO. (¡Lisa también traidora!...
¡también culpable!... ¡Ay, triste!
¡Pero es que aquí no existe
en nadie ya el pudor?)

LISA. (¡Tormentos como ahora
nunca sintió mi pecho!
Amina en mi despecho
tendrá el placer mayor.)

ROD. Y TER. (Llegó por fin la hora
en que la calma vuelva:

- Dios haga se resuelva
en bien lo que es dolor.)
- CORO. (¡Volved, placer y amor!)
- ELVINO. Señor, ¿á qué me atengo? (A Rodolfo.)
Claro hablar ya podéis.
- RODOLFO. Es grave asunto;
no he de meterme en él. Sólo repito:
«Pura es Amina, de virtud dechado.»
—No la puedo yo ver bajo otro prisma.
- ELVINO. Y ¿quién lo prueba?
- RODOLFO. ¿Quién? ¡Mira! Ella misma.
(Señalando á Amina que aparece.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, AMINA.

Ésta aparece por una puerta del molino: lentamente, y dormida, camina por un estrecho paso. Bajo sus pies, la rueda del molino que gira velozmente amenaza destrozarla si pone el pie en falso. Todos se vuelven hacia ella, sorprendidos y espantados.

- TODOS. ¡Ah! (Grito sofocado.)
- RODOLFO. ¡Silencio! ¡Un suspiro,
un acento la pierde!
- TERESA. ¡Amina!
- ELVINO. ¡Oh, cielo!
- CORO. ¡Sigue! (Contemplándola.)
- TODOS. ¡Bondad divina!...
¡Sólo confío en vos!
Tiembla... Vacila... ¡Oh, Dios! (Grito so-
focado al ver que se rompe la viga podrida sobre la
cual pasa Amina.)
- RODOLFO. ¡Respiro! ¡Es libre!
- TODOS. ¡Amina!... (Con sumo gozo.
Amina avanza hasta el centro del escenario.)

AMINA. ¡Oh! ¡Si una vez tan sólo
yo volviera á encontrarlo, antes que al
[templo
otra esposa llevase!...

RODOLFO. Oye. (Á Elvino.)
TERESA. En ti piensa.

Habla de ti. (Á Elvino.)

AMINA. ¡Vana esperanza! ¡Escucho
sonar el sacro bronce! ¡Elvino acude!
¡Ah! ¡Lo he perdido! ¡Y yo soy inocente!
¡Qué corazón!

TODOS.

AMINA. Clemente, (Arrodillándose.)
Dios perdone á mi Elvino. ¡Ah! ¡Yo lo
[imploro!

Cuanto infeliz le lloro,
sea él feliz. ¡Accede, cielo santo,
accede á mi plegaria!

CORO. ¡Oh, Amina! ¡Oh, encanto!

AMINA. (Se mira la mano como buscando el anillo de El-
vino.) ¡Anillo caro! ¡Anillo!...
¡El te ha robado! ¡Mas... no ha de qui-
[tarme
nunca su imagen... fija en mí, grabada!

(Se quita del pecho el ramo de violetas que le dió
Elvino.)

Ni á ti, flor adorada,
prenda de amor, jamás he de perderle.
¡Vives aún!... ¡Ah! ¡Cerca está tu muerte!

—
Nunca creí mirarte
tan triste, ¡oh, flor querida! .
¡Cuán breve ¡ay! fué tu vida!
¡Cuán breve fué mi amor! (Llora sobre el
ramo.)

ELVINO. ¡Eterno, eterno amor!
 AMINA. Tal vez podría darte
 nuevo vigor el llanto,
 si amor en dulce encanto
 tornase mi dolor.

—

ELVINO. ¡Ah! ¡Más no puedo!
 AMINA. ¡Elvino,
 Elvino ingrato! ¡Ah! ¡Vuelve á mí!

RODOLFO. ¡Responde
 á su anhelar! (Á Elvino. Éste va junto á ella.)

AMINA. ¡Junto á mi lado! ¡Oh dicha!
 Su anillo ya me entrega.

RODOLFO. ¡Y se lo entregas!
 (Á Elvino, quien coloca el anillo á Amina.)

AMINA. ¡Ya soy feliz! ¡Ya suya soy!—Los brazos,
 ¡oh, tierna madre!—¡Inúndame el con-
 [tento!

RODOLFO. ¡Seguid su pensamiento! (Á Teresa.)
 ¡Pronto los brazos!
 (Teresa abraza á Amina. Elvino se postra á los pies
 de ésta y la sostiene por las manos.)

CORO. ¡Viva Amina! (En alta voz.)
 AMINA. ¡Oh, Dios! (Despertando.)
 ¿Dónde estoy yo? ¿Qué miro? ¡Ah, por
 [piedad!...

¡No, no me despertéis! (Se cubre los ojos con
 las manos.)

ELVINO. ¡No, tú no duermes!
 ¡Soy tu amante! ¡Tu esposo! ¡A ti me in-
 [clino!
 (Amina descubre sus ojos al oír á Elvino, lo mira y
 se arroja en sus brazos.)

AMINA. ¡Oh, dicha! ¡Oh, dicha! ¡Vuelve al fin mi
[Elvino

TODOS. Inocente y más amada,
más hermosa en tu dolor,
ven al templo, y coronada,
premie Dios tu santo amor.

AMINA. ¡No concibe el pensamiento
cuán inmensa es mi alegría!
Mis sentidos á este día
dan encanto superior.

¡Ah! ¡Me abraza! (A Elvino.)
y siempre amantes,
siempre unidos y constantes,
de la tierra en que vivamos
cielo hagamos, con amor.

TODOS. Inocente y más amada, etc.

Fin de la obra.

CARTAS

Al maestro compositor y laureado artista D. Tomás Bretón.

En la ópera *Garín*,
¡qué primorosa labor
es la del compositor
desde el principio hasta el fin!
¡Pero labor en la orquesta,
que cual señora absoluta
entero el poder disfruta,
y nadie, nadie se apresta
á hacerle frente: es esclavo
de su dominio profundo,
todo el mundo, todo el mundo!
No hay un espíritu bravo
que quebrante sus cadenas,
pues si alguno lo pretende,
apenas si se le atiende
aunque diga cosas buenas.
En aquella extraña liza,
la orquesta con su hermosura,
muestre energía ó dulzura,
todo lo monopoliza.
¿Por qué ese empeño, Bretón?
¿Por qué no hay más variedad?
Se lo digo de verdad,
con todo mi corazón.
Si es de la música el alma
la *melodía*, ¿por qué
usted y otros como usted

tienen el valor, la calma
 de proscribirla? *Il bel canto*,
 que es, unido á la palabra,
 arte divino que labra
 un irresistible encanto,
 ¿por qué también proscribirlo?
 Eso es inicuo, es injusto;
 no lo aconseja el buen gusto:
 cual lo siento he de decirlo.
 Enriquézcase la orquesta
 cuanto sea necesario;
 mas no por su extraordinario
 poder hágase indigesta.
 Si todo arte halla oportuno
 dirigirse al corazón,
 créame, amigo Bretón,
 cual la música, ninguno.
 Hay que tener muy presente
 lo de... «Pensar... ¡lucha inmensa!
 ¿qué vale lo que se piensa
 dónde está lo que se siente?»
 Lo contrario es un error;
 sacar las cosas de quicio:
 es convertir en oficio
 arte el más encantador.
 Si en voces solas se emplea
 y no despierta interés,
 no hay duda, la falta es
 de inspiración en la idea. —
 Idea desacertada
 fué del libro la elección:
 ¿pues qué, mi amigo Bretón,
 los libros suponen nada?

Sr. D. Tomás Bretón.

Querido amigo: Á la tercera fué la vencida: pudo serlo á la primera con *Los amantes de Teruel*, sin el forzoso estreno en italiano. El de *La Dolores* es de tal trascendencia, que convierte en verdaderos horizontes lo que era mentiroso campo por las trabas impuestas á los compositores. Con satisfacción inmensa, por lo legítima, puede usted alardear de que á usted se debe el que la ópera española se haya hecho lugar por fin. ¡Quiera Dios que los empresarios renuncien al funesto sistema de negarse á conocer obras, sin causa justificada!

El tercer acto de *La Dolores* me gustó aún más que los otros dos: me conmovieron las inspiradas frases de amor que canta Lázaro arrodillado ante su amada, y me sentí orgulloso de mantenerme siempre partidario de la melodía hermanada con la palabra. Ese es el mayor encanto de la música, y eso lo que persuade á todo el mundo.

Adiós, amigo Bretón: le escribo repitiendo mi enhorabuena, que tiene el valor de la sinceridad.

Suyo siempre afectísimo servidor y amigo,

Q. L. B. L. M.,
JAVIER GAZTAMBIDE.

31 de Marzo de 1895.

A 755